

BODA ARISTOCRATICA

El primogénito del conde de Romanones y la señorita de Torre-Arias

Ha sido un gran acontecimiento mundano, al par que una solemne fiesta de familia, en que dos de las más ilustres y estimadas de la aristocracia española se han unido al contraer matrimonio la joven condesa de Quintanilla con el conde de Velayos.

La hermosa iglesia de San Fermín de los Navarros se vistió de gala para la nupcial ceremonia; en el altar mayor, resplandeciente de luces y de blancas flores, se destacaba un antiguo lienzo de la Purísima Concepción—obra admirable de Mateo Cerezo—que pertenece a la familia de la novia; de las altas bóvedas pendían verdes guirnaldas, que iban a perderse en las columnas del templo, bajo cuyos arcos abrían su espléndido ramaje multitud de plantas tropicales; la entrada hallábase adornada con damascos de color «paleto» galoneados de oro, formando todo un conjunto de gusto y riqueza incomparables.

Apadrinados los novios por SS. MM., fueron conducidos a la iglesia en un coche de la Real Casa; poco después de las once y media hicieron su entrada en el templo, y al atravesar por entre las apretadas filas de invitados, la figura ideal y soberanamente aristocrática de la gentil condesa de Quintanilla, apoyada en el brazo del ex presidente del Consejo conde de Romanones, que ostentaba sobre el bordado uniforme la banda de Carlos III; algo muy hondo conmovió todos los corazones, en los que germinaba un solo anhelo: el de la dicha que todos deseaban para el futuro matrimonio.

Pasó la novia, arrastrando la larga cola de tisi de plata, sobre la que flotaba el albo velo de encaje de Bruselas; no ostentaba ni una sola joya; pero deslumbraba la belleza de su rostro juvenil con su aureola de cabellos rubios, entre los que prendían las blancas flores del azahar simbólico; y pasó, como hemos dicho, del brazo del conde de Romanones. Y todos se inclinaban con respeto. Pasaban la hermosura y el talento...

Iba detrás el novio, vestido con uniforme de maestrante de Ronda, sobre el que lucía la llave de gentilhombre de S. M.; daba el brazo a la condesa de Torre-Arias, cuya suprema distinción realzaba primorosa «toilette» de gasa azul de Sèvres, bordada de plata; en la cabeza, diadema rusa de brillantes, sobre fondo azul, velada por los encajes de la mantilla de Chantilly, con la graciosa elegancia de un retrato goyesco.

Entre las joyas que ostentaba la bella dama figuraba el magnífico «pendentif», con una aguja marina orlada de brillantes, que la regalaban los condes de Romanones con motivo de este fausto suceso de familia.

El conde de Torre-Arias, de uniforme de maestrante de Sevilla, daba el brazo a la condesa de Romanones, que vestía con su proverbial elegancia y se tocaba también con la mantilla española.

La corte que seguía a la novia—«demoiselles d'honneur», que dicen los franceses—estaba formada por las bellísimas señoritas de Santo Mauro y de Híjar y las preciosas niñas de Mina, Montellano, Aliaga y Agrela, todas las cuales llevaban en la mano lindos «bouquets» de flores de azahar.

Los testigos fueron: por parte de la novia, sus tíos el marqués de la Torreclilla, el duque de Santo Mauro y el conde de Vilches y sus hermanos el marqués de Santa Marta y don Narciso Pérez de Guzmán, y por la del novio, sus tíos los duques de las Torres y de Tovar y el conde de Almodóvar, su hermano político el duque de Pastrana y su primo el marqués de Someruelos.

Todos vestían de uniforme. El antiguo capellán de la Casa y de la real capilla, D. Gabriel Palmer, llegado al efecto de París, donde cumple una delicada misión, dio a los novios la bendición nupcial, pronunciando después una plática tan sentida como elocuente.

Y al desfilar nuevamente los novios, esta vez el conde de Velayos dando el brazo a la nueva condesa, el público que se agolpaba a la puerta del templo, obscurida por una nube de fotografías, decía, recordando los versos del dichado y popular poeta:

«Es el amor que pasa.»

Mientras los condes de Velayos y sus padrinos iban a Palacio a dar las gracias a sus

majestades por haberse dignado apadrinarlos, recibiendo ella una preciosa pulsera de perlas y brillantes y él una magnífica botanadura de zafiros, la concurrencia se trasladó desde el templo al antiguo palacio de Santa Marta, en la calle de San Bernardo.

Deshabitado éste desde la muerte del anterior marqués, padre del conde de Torre-Arias, se decoró para el almuerzo de ayer con antiguas damas, cuadros notables y heráldicos reposteros pertenecientes a las Casas de Torre-Arias, Torreclilla, Medinaceli y Santo Mauro, que forman la ilustre familia de la novia.

Sobre las chimeneas, artísticas copas de plata y flores, y por todas partes mesas adornadas de flores y dispuestas para el suntuoso almuerzo. Este fué servido de una manera perfecta por un verdadero ejército de criados, vistiendo las libreas de gala de las ciudades Casias y de la de los condes de Romanones y sus hermanos:

El «menú» fué el siguiente:

Consommé.
Œufs pochés à la d'Orleans.
Côtes de veau à l'Anglaise.
Petits pots au beurre.
Pommes de terre château.
Poularde frot de Perigueux.
Jambon de Prague à la gelée.
Salade Venitienne.
Glacé au café praliné.
Sables Friands.
Tartelettes de fruits.

En la mesa ocupada por los novios, sus padres y testigos, se destacaba una «corbeille» de lilas blancas, con un gran lazo de «moiré» blanco, enviado por S. A. R. la infanta doña Isabel, con un autógrafo de la augusta dama que decía: «A los condes de Quintanilla y de la Dehesa de Velayos, deseándoles muchas felicidades, Isabel de Borbón.»

Entre la numerosísima concurrencia se destacaban las preciosas niñas de Mina, Viana, Someruelo y Santo Domingo.

Vimos entre las damas: a la embajadora de los Estados Unidos y su hija, miss Villard; a las duquesas de San Carlos, Fernán-Núñez, Medinaceli, Ahumada, Montellano, Plasencia, Torres, Tovar, San Fernando de Quiroga, T'Serclaes-Tilly, Algolte, Híjar, Canalejas, Aliaga, Lécera, Montemar y viuda de Sotomayor.

Princesas de Metternich y Pío de Saboya. Marquesas de Santa Cruz, Scala, Valdeolmos, Someruelos, Aulencia, Bolaños, Argüeso, Bayamo, Nájera, Casa-Torres, Casariego, Castelar, Casa-Pavón, Camarasa, Donadio, La Guardia, Almonacid, Campo-Fértil, viuda de Hoyos, Jura-Real, Villatoya, Manzanedo, Mesa de Asta, Pozo-Rubio, Portago, Peña-fuente, Rocamora, Moherrando, Valderrazo, San Vicente, Santo Domingo, Viana, Zahara, Aguila-Real y Torneros.

Condesas de Aguilar de Inestillas, Almodóvar, Andes, Mortera, Cesa-Valencia, Agrela, viuda de Adanero, Corzana, Castilleja de Guzmán, Clavijo, Luna, Pardo Bazán, Solafán, Mactda, San Félix, Sierrabellla, viuda de Torrejón, Esteban, Xiquena y Unión.

Vizcondes de Róda y Fednanes.

Marquesa del Castillo de Chirel.

Vimos también a muchos personajes políticos y aristocráticos, entre los que figuraban los ex embajadores: príncipe Pío de Saboya, Calbetón, Pérez Caballero y marqués de Valderrazo; el nuevo embajador en Rusia, conde de Cartagena; los ex ministros Navarro Reverter, López Muñoz y Suárez Inclán; los duques del Infantado, Medinaceli, Alburquerque, Bivona, Conquista, Plasencia, Montellano, Santo Mauro, Tarnanes, Híjar, Aliaga, Lécera y Ahumada; general Luque; marqueses de Hoyos, Alonso Martínez, Narros y Villaverde; condes del Real, Címera y Campo-Real; D. Francisco Travesedo, el marqués de Corsera, D. Luis Pérez del Pulgar, el marqués de Camarasa, el conde de Ribadavia, Figueroa (D. Alvaro), y muchísimos más que la falta de espacio impide al cronista consignar.

Terminado el almuerzo y antes de emprender su viaje a la finca denominada «París», de la propiedad de los condes de Torre-Arias, donde los jóvenes condes de Velayos pasarán los primeros días de su luna de miel—que les desea el cronista, eterna—fueron a hacer una visita a la marquesa de la Habana y a la condesa de Vilches, tías de la novia, que por su delicado estado de salud no pudieron asistir a la boda.

MONTE-CRISTO

“EL IMPARCIAL”

viernes, 20 de enero de 1914